

Comentario a la ponencia de Gustavo Sorá

José Antonio Pérez Gollán

UBA / CONICET

Mi comentario tratará, en realidad, de retomar una conversación sobre la obra de Gilberto Freyre que dejamos trunca con Gustavo Sorá hace ya varios meses. En primer lugar, le pediría nos hablara de una situación que me interesó profundamente y de la que no se ha hecho mención acá: la relación existente entre la Universidad de San Pablo –en tanto polo de modernidad científica– y la obra de Freyre; una relación polémica entre la visión moderna de las ciencias sociales y lo que era conceptualizado como *literatura*, en el sentido de lo tradicional y descriptivo.

Creo que es importante destacar en el escrito de Sorá que tanto los académicos de la Universidad de San Pablo como Gilberto Freyre han elegido unos interlocutores, a quienes se dirigen y los constituyen en sus lectores. Cada grupo posee, por supuesto, una concepción sobre lo que es y debe ser la Nación. Freyre relata que en la época en que conoce en la Universidad de Columbia a Franz Boas estaba intensamente preocupado por los destinos del Brasil: “Era como si todo dependiese de mí y de los de mi generación; de nuestra manera de resolver cuestiones seculares. Y de los problemas brasileños, ninguno me inquietaba tanto como el del mestizaje”. Si establecemos una comparación con la situación argentina percibimos grandes diferencias, una ruptura se podría decir. Desde las ciencias so-

ciales contemporáneas y, particularmente, desde la antropología, no encuentro que haya una preocupación por dirigirse a la sociedad, por interesarla y formar una opinión en la gente. ¿Cómo hace un intelectual para que su obra se transforme en patrimonio? Porque creo que Gilberto Freyre logró que *Casa-grande & Senzala* se incorporara al patrimonio cultural del Brasil.

Por un momento quisiera que se me permitiera volver a esa conversación que tuvimos con Gustavo, relatando mi experiencia con la obra de Freyre. Aunque parezca mentira hablaré desde la arqueología. Freyre, como es obvio, nunca se dedicó a la arqueología, pero yo que me considero arqueólogo, lo he leído desde una óptica absolutamente arqueológica. Cuando era estudiante de Historia en la Universidad de Córdoba tomé el curso de Antropología Cultural y entre los textos obligatorios estaba *Casa-grande & Senzala*. Por supuesto, el titular de la cátedra era, al igual que Freyre, un egresado de la Universidad de Columbia. Parecería que ahí está el punto: descubrir una genealogía de antropólogos que se educaron (en el sentido anglosajón del término) en Columbia, y que buscaban determinadas orientaciones en las investigaciones y maneras para llegar a la sociedad.

Con Gustavo conversábamos en torno de tres académicos que según nuestro criterio

habían tenido una influencia determinante en la antropología americana: uno fue Gilberto Freyre, el otro Manuel Gamio y, más recientemente, Alberto Rex González. Los tres son intelectuales que se formaron en distintas épocas pero que, sin embargo, muestran un fuerte, aunque tal vez invisible, vínculo.

Cuando aparece la primera edición de *Casa-grande & Senzala* (1933), ¿qué estaba ocurriendo, qué se publicaba, cuál era el debate en el ambiente antropológico, particularmente arqueológico, mundial? En la década de 1930 se polemizaba en torno a lo que estaba ocurriendo en Alemania y cuyo eco repercutía en todo el mundo. En mi criterio hubo dos arqueólogos, de clara orientación histórico-cultural, que representaban el pensamiento de la época: por un lado, el austríaco Osvaldo Menghin, a quien podríamos definir como un pangermanista, católico conservador, filonazi en realidad, tenido por uno de los arqueólogos importantes del siglo xx y que en 1948 se afincó en la Argentina. Publicó *Sangre y espíritu* [*Geist und Blut: Grundsätzliches um Rasse, Sprache, Kultur und Volkstum*] para analizar, según lo que él consideraba una perspectiva científica, el “problema judío” desde la prehistoria hasta el siglo xx. ¿A qué se refería cuando decía “problema judío”? Menghin no cayó, por cierto, en la banalidad de creer que era un asunto racial –de pureza de sangre– sino que lo ubicó en el terreno de la cultura (en el sentido antropológico del término), con la salvedad de que para él las diferencias culturales tenían una base biológica. Su texto era claro: “Todo pueblo no sólo tiene el derecho sino también el deber moral de defender su nacionalidad. La incorporación de los judíos a la nación alemana en el estado actual [1933] de la naturaleza de ambos sin lugar a dudas traería consigo el peligro de una modificación del carácter del pueblo alemán, un peligro tanto mayor ya que la peculiar estructura social de los judíos no admitiría una mezcla homogénea sino mera-

mente un cruzamiento con las clases altas alemanas”. La frase –qué duda cabe– venía a cubrir con un manto de legitimidad culturalista la aberración nacional-socialista.

En una posición diametralmente opuesta se ubicaba Vere Gordon Childe, el arqueólogo más notable del siglo pasado, un marxista no dogmático, que se enfrentaba al racismo europeo de ese momento. Sostuvo que no había ninguna raza pura y que, en realidad, lo importante era la cultura; aquí Childe coincidía con Menghin, pero construyó una metáfora donde la historia era imaginada como un río que acrecentaba su caudal gracias al aporte de diversos cursos menores y que, en última instancia, todos concurrían a conformar la gran corriente de la Historia Universal.

Éste es el ambiente de la década de 1930 en el que se editó por primera vez *Casa-grande & Senzala* y, sin duda, fue una ruptura, si se tiene en cuenta su abordaje del mestizaje. Creo que los grandes aportes de la antropología boasiana de Columbia fueron, entre otros, apartarse del pesimismo determinista racial y haber demolido la supuesta identidad entre raza y cultura, a la vez que difundió desde el relativismo cultural una concepción plural y tolerante del “otro”. En opinión de Freyre, el mestizaje era una de las claves de la historia del Brasil y él colaboró a popularizar la idea de la armonía racial en la sociedad brasileña. Manuel Gamio, por su parte, fue quien después de 1910 organizó la antropología del Estado mexicano pos-revolucionario y los temas del mestizaje y el indigenismo fueron importantes en ese proyecto de Nación. En cierto sentido, hay un paralelismo en las vidas de Freyre y Gamio; este último administró durante dos años la finca rural de Santo Domingo, en el estado de Puebla, donde al estar en contacto directo con la población local conoció los problemas sociales de la población indígena de México. De vuelta en la Ciudad de México tomó cursos de arqueología y consiguió una beca para

la Universidad de Columbia, donde fue alumno de Frans Boas entre 1909 y 1911; a su regreso, ingresó como becario de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, una institución creada sobre la base de la cooperación de universidades de Francia, Alemania, los Estados Unidos y el gobierno mexicano. En 1916 fue nombrado director de la Escuela Internacional; antes habían ocupado ese cargo académicos de la talla de Seler, Boas, Tozzer y Engerrand.

Volviendo a *Casa-grande & Senzala*, es a través de los prólogos que se adquiere una visión de gran complejidad y creo que Gustavo tuvo un acierto particularmente sagaz cuando analizó las distintas ediciones al modo de una estratigrafía arqueológica. En uno de esos prólogos, Freyre refuta la crítica que lo responsabilizaba de no haber tenido en consideración el aporte de los historiadores anteriores; en su opinión, lo que realmente importaba era hallar otros archivos, complejizar el tema al investigar con nuevas y diversas fuentes.

Desde la perspectiva de la antropología, es importante el subtítulo de la obra: *Introducción a la historia de la sociedad patriarcal en el Brasil. Formación de la familia brasileña. Sobre el régimen de la economía patriarcal*. Debo admitir que me sorprendió el hecho de que Freyre, en varias ocasiones, se refiere al marxismo como uno de los recursos metodológicos que empleó en la investigación. La formación patriarcal del Brasil se explica –en su opinión– menos en términos de raza o religión que económicos. La *casa grande*, junto a *La senzala*, representaban un sistema económico, social y político: producción, trabajo, transporte, política, religión, familia, costumbres sexuales, higiene del cuerpo, maneras de vivir y de ocupar el espacio.

Por otra parte, si uno mira con ojos arqueológicos *Casa-grande & Senzala*, puede vincularla con la exhibición que Franz Boas diseñó para el Museo Americano de Historia

Natural de Nueva York sobre los pueblos etnográficos de la Columbia Británica y descubrir allí, como el testimonio de una renovación museológica, el relato de la cultura antropológica como contexto.

Vale la pena destacar, pues es importante para la lectura de la obra de Freyre, el tema de la vida cotidiana. Aquí el autor mostraba su vuelo poético cuando escribía que el estudio de la intimidad de un pueblo tiene algo de introspección proustiana, pues estudiar la vida doméstica de los antepasados es una búsqueda del “tiempo perdido”; una manera de sentirnos los otros, los que vivieron antes que nosotros, y cuya existencia se anticipó a la nuestra; un pasado adherido a la vida de cada uno: “una aventura de la sensibilidad, ni siquiera un esfuerzo de investigar en los archivos”.

En las décadas de 1930 y 1940, Franz Boas produjo una serie de escritos referidos a la cuestión racial; sin duda por su condición de judío y por sus puntos de vista progresistas, se empeñó en refutar desde el campo de la ciencia las distintas versiones del racismo (es importante no olvidar la discriminación que sufría –y sufre– la población afroamericana en los Estados Unidos). Por cierto, en los prólogos de Gilberto Freyre se citaban las obras de Boas, entre las que se destaca una que es un clásico: *Anthropology and Modern Life*. El culturalismo norteamericano deja de lado la idea determinista de las razas para hablar de influencias sociales, de la herencia cultural y del medio.

Si leemos *Casa-grande* desde una perspectiva arqueológica podemos descubrir un análisis del uso del espacio, lo que en un momento los arqueólogos estadounidenses denominaron “patrones de poblamiento”. Freyre cita a Spengler para adelantar que el diseño de una vivienda tiene un valor histórico social superior al de raza. Esto significa la posibilidad de estudiar el funcionamiento de un grupo social a través del uso que hace del espacio. Un análisis de esta naturaleza en 1933 es, por cier-

to, innovador; como antecedente valioso me viene a la memoria el artículo de Lewis H. Morgan, *A Study of the Houses of the American Aborigines With a Scheme of Exploration of the Ruins of New Mexico* (1879-1880). Aquí es donde reside el placer que proporciona el texto de Freyre, porque su lectura admite múltiples niveles de cruces y complejidades.

Surge inmediatamente una pregunta, ¿qué pasa en la Argentina en esa época?, ¿quién pensaba en una Nación que incorporara a los que no tenían Historia? No hay en la Argentina un académico que cumpla el mismo papel que Gilberto Freyre en el Brasil; en nuestro país el panorama de la antropología lo hegemonizaba el pensamiento histórico cultural austrogermano, que concebía a las sociedades indígenas como vestigios de un pasado remoto, testimonios de una humanidad *primitiva*. En ese sentido, es necesario reconocer que la antropología culturalista

boasiana les dio voz a los “otros”: recordemos, si no, el libro de Eric Wolf: *Europa y la gente sin historia* (1987) sobre los procesos del colonialismo.

Hasta donde llegan mis conocimientos, las ediciones argentinas de 1942 y 1943 de la obra de Freyre no tuvieron repercusión en el medio académico. Hay que esperar hasta 1950 para que Alberto Rex González, formado en la visión del culturalismo de Columbia, se inserte en el medio académico y científico argentino. No fue en vano que nos recomendará *Casa-grande* porque, además, tiene el atractivo y el lenguaje de una obra literaria.

Volviendo al tema original y teniendo en cuenta el tema de investigación de Gustavo Sorá, que es la etnografía editorial (una opción que rompe con las tradicionales de la antropología argentina), no puedo dejar de pensar en cómo elegir a nuestros interlocutores, a quiénes constituimos en nuestros lectores. □